

Acerca de la especificidad de las naciones duales

JEAN POIRIER

El objetivo de este trabajo es poner en evidencia ciertos aspectos específicos de las jóvenes naciones surgidas del proceso de descolonización. Si bien es cierto que la historia no es una reiniciación perpetua, que sólo raras veces innova al nivel de las estructuras, y que precisamente la justificación de la sociología es descubrir las recurrencias y regularidades detrás de la apariencia engañosa de las diversidades formales; sin embargo, la entrada en la escena histórica de unas cuarenta naciones nuevas surgidas en el curso de unos quince años, constituye, en sí misma, un fenómeno radicalmente nuevo. Los precedentes históricos que se podrían investigar son, en definitiva, falsas homologías. Además, muchas veces se tiene la impresión de que las entidades nacionales surgidas de una crisis original no sólo no son nuevas sino que incluso parecen insólitas. Habría que preguntar cómo es que aparecen insólitas y sobre todo, por qué.

Y es que efectivamente el dualismo cultural que se halla en la base de estas naciones incluye aspectos profundamente originales; trataremos primero de precisar los más importantes, para examinar en seguida algunas consecuencias.

I

1) En primer lugar debe subrayarse que este dualismo es el *producto de una invasión*, y no efecto de un proceso de ósmosis. En casi todos los casos la dualidad ha surgido de la irrupción brutal de elementos renovadores: empresa colonial, guerra, dominación económica. Este hecho implica dos consecuencias importantes:

— la velocidad del ritmo de introducción no permite que los elementos introducidos sean asimilados. La fusión y la interpenetración son la excepción; hay yuxtaposición y conflictos;

— el origen histórico de los elementos renovadores siempre es “legible” dentro de las secuencias de acontecimientos; los camuflajes son difíciles, y cuando existen, son descubiertos rápidamente; esta posibilidad de identificación de los elementos halógenos obstaculizan su integración y fuerza su aspecto extraño.

La acumulación demasiado precipitada de un número demasiado grande de elementos halógenos sobrepasa a menudo la “base de tolerancia” de la sociedad que los recibe. Una renovación puede jugar el papel de fermento o de toxina, lo que depende de la dosis recibida. Un fermento aplicado en dosis elevadas se vuelve tóxico.

2) Surgido de la imposición, a menudo, el dualismo se *empeora en su principio*. No solamente es la rapidez de la irrupción del dualismo lo que tiene consecuencias nefastas: algunas veces esta irrupción implica ya, en su principio mismo, empeoramiento. Si se acepta distinguir la dominación económica de la dominación política (y esta distinción es en parte legítima) se reconocerá que de las naciones del Tercer Mundo, las únicas que no han sido colonizadas son: Yemen, Arabia Saudita, Etiopía (excepción hecha de un breve paréntesis que constituye un accidente dentro de milenios de historia), Liberia, Afganistán y Birmania. Y ésta es una lista muy reducida. Todas las demás naciones han sido afectadas por el impacto colonial o han surgido de él. En consecuencia, lo que se encuentra viciado por la indignidad e invalidez es el principio mismo de la modernización. La fuente del progreso técnico es la misma fuente de la humillación colonial.

Sin embargo, no parece que estos hechos comprometan seriamente al desarrollo. Es cierto que la aceptación o el rechazo de la innovación están conectados, ante todo, al sistema de valores, pero la conexión histórica que existe entre la renovación y la empresa colonial, si bien constituye una característica original del dualismo, no es un obstáculo.

3) Una característica esencial de los procesos de construcción nacional se basa en el hecho muy general de que son aprehendidos en *el nivel de la conciencia*. Los “entrecruzamientos de civilización” —para usar la expresión de Roger Bastide— han tenido lugar en el pasado esencialmente en el nivel del psiquismo inconsciente y subconsciente, siendo la extensión temporal lo que facilita las transiciones. En la actualidad, por el contrario (y éste es un fenómeno fundamental de la época) todo acontecimiento no sólo es difundido, sino explicado y comentado —de diversas maneras— por los *medios de comunicación masiva*. La toma de conciencia se ha facilitado. La historia de la descolonización y del acceso a la independencia ilustra notablemente este hecho: la prensa mundial ha seguido muy de cerca, y a menudo ha precedido al acontecimiento a través de sus hipótesis y previsiones.

El cambio cultural, en consecuencia, es desde ahora conceptualizado por los mismos que lo experimentan; éste es un factor suplementario que conviene integrar dentro de los cálculos, porque es evidente que la toma de conciencia de la renovación repercute sobre la amplitud y la dirección de ella.

Por otra parte, parecería que a este nivel de conciencia se sobrepone un nivel de "sobreconciencia": los entusiasmos, los procesos de ilusionamiento, los estados de crisis, las reivindicaciones, las desviaciones o reinterpretaciones que se espera poder imponer a la historia, e incluso ciertas teorías pseudo-científicas de carácter delirante (a punto de convertirse en verdaderos mitos), se explican, en parte, por la aprehensión pasional de los fenómenos, por la psicología colectiva que se polariza en ideas fijas. Los ejemplos son muy numerosos; van de las crisis de posesión mística a ciertas formas de mesianismo y a la utilización sistemática de los *slogans* por parte de las sociedades colectivistas de la URSS y de China.

4) Esta aprehensión de los hechos al nivel de la conciencia clara es tanto más importante cuanto que se ejerce en un campo muy amplio: el dualismo cultural es *polimorfo y concierne a los diferentes aspectos de la vida social*; es identificable al nivel de las técnicas, de las instituciones y del sistema de valores. De esta manera, la modernidad aparece como totalitaria e imperialista, y su dinamismo superará evidentemente las resistencias de la tradición, en una, dos o cinco generaciones, según sean los países de que se trate. La modernidad se presenta como un conjunto coherente de conceptos, creencias y prácticas. Esto es lo que la diferencia de los elementos de renovación introducidos en épocas anteriores. Es cierto que la modernidad corresponde a todos los tiempos, y que en todas las sociedades ha habido un conflicto entre las fuerzas del cambio y la tradición, pero las bases del cambio no constituían un todo significativo, sino que eran introducidas en orden disperso, una por una; un invento, un mito, una palabra, un canto: la técnica de fundición por medio del fuego y de la cera perdida, la ballesta o la rueda no fueron introducidas por azar, y su aceptación o rechazo tal vez hayan dependido del grado de afinidad de las dos culturas en contacto; además, una renovación no llega nunca verdaderamente sola: difunde dinamismos en torno suyo, conlleva testimonio, despierta la imaginación técnica y refleja su contexto cultural. Pero era necesario que llegara el siglo xx para que los elementos de modernización se integraran en un grupo cuya presión y fuerza de persuasión fueran tales, que prácticamente ninguna sociedad se les resistiera. Se trata de aspectos totalmente nuevos: los factores de cambio son interdependientes y complican a la actividad técnica, a la organización interna de la sociedad, al pensamiento religioso, a la moral, a la estética.

Observemos, sin embargo, que su acción se hace sentir, de acuerdo con

el estrato respectivo, de manera muy desigual en el interior del grupo. Nos encontramos aquí con otro tipo de "dualismo" que enfrenta, en el seno mismo de la entidad nacional, al pequeño grupo de los privilegiados y a la masa de desheredados. El hecho es bien conocido; subrayemos solamente dos de sus características: en primer lugar, la separación entre los dos subgrupos se hace cada vez más amplia entre la minoría satisfecha e instruida y la mayoría cuyos niveles de vida permanecen estacionarios o aun decrecen; en segundo lugar, la amplitud de esta separación constituye un hecho nuevo; es cierto que las sociedades tradicionales admitían diferencias muy importantes; pero esas diferencias concernían mucho más a la capitalización que a los niveles de vida: no tenían esa amplitud y no enfrentaban a dos grupos antagónicos. Lo que ocurre actualmente es al contrario: *el dualismo confronta elementos heterogéneos y contradictorios.*

5) En los procesos históricos de aculturación, las innovaciones eran rechazadas cuando no correspondían a las necesidades del grupo. Nunca había dualismo verdadero y el grupo no se sentía infiel a sí mismo. Una sociedad podía transformarse completamente, como cuando la Galia se hizo romana, sin desgarrarse en una doble pertenencia. En la actualidad, por el contrario, la modernidad se enfrenta en bloque al universo tradicional también en bloque. El drama es que muchas veces la conciliación entre los dos sistemas de referencia es imposible. Entonces, las elecciones se hacen angustiosas y la decisión, cualquiera que ella sea, traiciona a algo o a alguien. Es necesario obedecer al mismo tiempo al jefe tradicional y al subprefecto, escuchar a los ancestros y a los animadores rurales, pero lo que dicen es contradictorio e irreconciliable. Los ancestros prohíben formalmente trabajar los días *fady* en Madagascar, acumular fertilizantes, cultivar en línea, cosas que son aconsejadas por el animador y que el subprefecto exige. Los ancestros en Imerina, deben ser "retornados" cuando lo exigen por una revelación onírica y han enseñado a creer en la revelación del divino astrólogo, en tanto que el pastor y el sacerdote, salvo raras excepciones, tratan de ignorar la *famidihana* (retorno¹) y prohíben el recurso a la magia. Los malentendidos se hallan en todos los valores: la tradición privilegiada, el renunciamiento, la aceptación, la inercia, el rechazo a todo riesgo, la distribución del tiempo, la reserva y la desconfianza generalizada; la modernidad supone el esfuerzo, la concurrencia, el crédito y el proyecto (posesionarse del tiempo), la empresa y el riesgo calculado. Los conceptos son antagónicos.

6) El problema se complica todavía más porque la opción entre las soluciones opuestas se vuelve imposible; en efecto, una de las características fundamentales de las naciones duales es que se hallan encerradas y parecen prisioneras de su dualismo que *aparece como fundamentalmente equívoco.*

La aceptación de la modernidad es contraria a la enseñanza de los ancestros. La vida de la comunidad está subordinada a la propiciación de los ancianos, que es concedida en la medida en que la tradición continúa siendo respetada: es sobre este principio muy simple, que toma en cuenta el mecanismo repetitivo de los comportamientos, que se funda la organización de la sociedad. El abandono de la tradición es por tanto una empresa llena de peligros que amenaza con comprometer la sobrevivencia del grupo. Pero al mismo tiempo, es claro que por una parte, es imposible rechazar los elementos de la modernización ya introducidos por los extranjeros, y por otra parte es obvio que, a su manera, estos elementos condicionan, ellos mismos, el progreso de la sociedad. Se cae entonces en un callejón sin salida: frente a la modernidad se experimentan sentimientos contradictorios, se resiente a la vez como peligrosa (provoca la cólera de los ancestros) y como útil o aun como indispensable.

Para los interesados, éstos son dos juicios de hecho, dos comprobaciones, y no dos opiniones. La misma ambigüedad se vuelve a encontrar al nivel de los sentimientos individuales: cada uno experimenta a la vez admiración y disgusto, reconocimiento y amargura hacia la modernidad; la modernidad suscita cierto tipo de *horror sagrado* porque se sabe que no se la puede repudiar, y que aceptándola se repudia al pasado; se sabe que es sacrílega frente a los ancestros y que no se puede ni se quiere escapar de ella. Esta situación es conocida por la psicología, es una perturbación malsana y peligrosa. El individuo es presa de dos sistemas de referencia, a uno (la tradición) se adhiere afectivamente, pero lo abandona en la práctica porque el solo hecho de pertenecer a una nación del siglo xx lo obliga a aceptar la renovación y el progreso; al otro (la modernidad), que aprecia por sus ventajas y que siente vergüenza de apreciar, que sabe que le es extraño y por tanto adverso, se esfuerza, sin embargo, por integrarlo a su substancia. Los dramas de este mestizaje cultural tienen un carácter nuevo; el grupo mestizo, anteriormente —constituido a lo largo de los años—, no resentía su dualidad y, por tanto, no la juzgaba. En la actualidad, el grupo mestizo experimenta el peso de un irremediable pecado original: él sabe cómo se ha formado, por el efecto de qué agresión se ha formado, y su dualidad hace perenne la prueba de su humillación; sabe también que está condenado a tolerarse aborreciéndose. No ha encontrado todavía la forma que le permita superar sus complejos y aceptarse tal como es; nada sería más importante que este descubrimiento de un método de conciliación que le mostrara, más allá de los antagonismos, los elementos complementarios.

7) Finalmente, una última característica que nos parece debe ser señalada: *el dualismo de las naciones jóvenes es de orden estructural*. Esta es sin duda, su característica más importante, y la más nueva: la naturaleza

dual de las naciones surgidas de la descolonización no tiene un carácter fugaz o superficial. Se trata de un elemento determinante que define de una manera específica la entidad nacional. Esto no significa de ninguna manera que el elemento en cuestión sea permanente o intangible; por el contrario, desde ahora es previsible el día en que la comunidad nacional reconquistará su unidad habiendo logrado fundir en una nueva aleación los materiales dispares con los cuales su substancia está hecha.

Decir que el dualismo es estructural, significa que los elementos duales son el fundamento de la unidad nacional en tanto tal; éstos son los que constituyen el criterio. Ésta es la primera vez en la historia que se fundan naciones sobre el maridaje de elementos antagónicos. Prácticamente no existe precedente y los problemas planteados son totalmente nuevos, por eso se comprende que sea difícil encontrar soluciones adecuadas. Así, los fundamentos de la nación se hallan divididos entre dos sistemas de referencia; y es en la medida en que resiente profundamente su fragilidad orgánica, que la nación adopta actitudes extremas y de intolerancia. La conciliación, actualmente imposible, de estos elementos contradictorios requerirá mucho tiempo, paciencia y esfuerzos. Cuando la integración se realice, el carácter dual de la comunidad nacional seguirá siendo sin duda uno de los aspectos más importantes, pero ya no desempeñará ningún papel al nivel de la estructura. Por eso será necesario esperar una generación como mínimo, y puede ser que dos o tres.

II

Estos nos parecen los principales aspectos originales del dualismo cultural característico de las nuevas naciones. Faltaría ahora dilucidar las implicaciones de los principios que hemos evocado; en el cuadro del presente trabajo sólo queremos llamar la atención sobre ciertos ejemplos que parecen expresivos.

1) Estas naciones sin pasado nacional son las que otorgan privilegios al pasado; para ellas nada hay sólido que no se establezca en una continuidad y que no se fundamente sobre precedentes. Por eso es comprensible que la elaboración de un capital histórico nacional haya sido sentida como una necesidad vital. La tarea es difícil puesto que es necesario ir más allá de las normas aceptadas por la investigación científica como límite de la historia objetiva. Aun ahí encontramos caracteres del todo originales. En Occidente la nacionalidad precede a la nación, que ha precedido al Estado; esto significa que la nación ha sido constituida con lentitud, progresivamente, por la fusión de grupos étnicos, de temperamentos, de tradiciones y de particularismos muy diversos, que en cierto momento —antes del

reconocimiento de la nación en tanto que organismo de derecho público— han sentido que sus semejanzas superaban a sus diferencias, y, sobre todo han *querido* que las semejanzas las superaran; la nación ha nacido de este sentimiento de pertenencia común, después el Estado ha sido organizado como formalización jurídica de la nación. Podrían invertirse los tres términos a propósito de las naciones del Tercer Mundo. El nacionalismo, la nacionalidad y muchas veces el Estado, han precedido a la nación ²

Difícilmente podría ser de otra manera, pero resulta que las naciones jóvenes se sitúan a partir de un *doble sistema de referencia histórica*: por una parte, el recurso a una dimensión histórica de carácter mítico que busca la resurrección de un pasado precolonial lo suficientemente prestigioso como para compensar las frustraciones experimentadas. Volvemos a encontrar ahí toda una dicotomía en el pensamiento. Los pueblos antiguos que forman las jóvenes naciones tienen un pasado complejo y difícil de restituir; pero las naciones mismas son apátridas; mas no pueden admitirlo y se arreglan una máscara histórica que se ven obligadas a construir a la imagen de su deseo.

2) Una especie de ambigüedad rodea los *status* y las funciones de un flujo generador de malestar; volvemos a encontrar aquí lo que se podía llamar el *fenómeno del doblaje*. El aparato administrativo hace coexistir a niveles elevados, dos tipos de autoridad, el funcionario “responsable” y cerca de él un consejero técnico. La decisión es, pues, compartida, pero oficialmente sólo emana de la autoridad nacional. Este método muy general de gestión introduce un elemento de desorden en el juego normal de los *status* y las funciones. ¿A quién corresponde la *aureola* de prestigio y audiencia que rodea al *status*? ¿A quién atribuir el conjunto de responsabilidades que integran la función? Existe una perpetua interferencia entre los dos intereses, el titular oficial y el detentor oficioso, interferencia complicada de falsos flujos, de equívocos, de malentendidos. Una tendencia frecuente sería reservar las ventajas del *status* al jefe del servicio, y las responsabilidades de la función al consejero; pero es claro que tal dicotomía, una herejía sociológica, sólo podría durar poco tiempo. Como se ve, a este respecto también, la nación es dual y este dualismo se halla en la base de situaciones equívocas, de una gran riqueza psico-sociológica, pero que acrecientan las tensiones. La relación que une a consejero y aconsejado es siempre ambivalente; las relaciones jerárquicas son esencialmente fácticas, algunas veces ficticias. Esta *ambigüedad de los status y de las funciones* se desarrolla en el contexto general de las relaciones lúdicas o paródicas, tan frecuentes en las naciones jóvenes: cada uno juega un juego, desempeña una parte en el plan del teatro social que dobla lo real; cada uno sabe que todos representan un papel en la farsa, pero aparenta no darse cuenta de ello; las empresas positivas —decisiones políticas,

acciones económicas, realizaciones técnicas—, se sitúan de esta manera en un medio “irreal” lleno de máscaras y de falsos semblantes. El dualismo tiene como consecuencia hacer las relaciones conflictivas mucho más sutiles que en Europa, porque estas relaciones nunca son unívocas.

3) El fenómeno del doblaje al que acabamos de aludir, es característico de las naciones duales; se expresa a través del conjunto institucional nuevo que se llama la asistencia técnica.

La asistencia técnica es a la vez una consecuencia del dualismo, y un factor del mantenimiento o aun del reforzamiento de él. El eufemismo que lo ha sustituido, la expresión “cooperación”, no es suficiente para crear la bilateralidad de prestaciones que sería necesaria para restablecer el equilibrio en sociedades fundadas precisamente en la economía del don recíproco y para las cuales dar sin recibir es una injuria refinada. La asistencia técnica es evidentemente necesaria y lo será durante mucho tiempo; y sería la mejor cosa del mundo si no estuviera marcada por dos pecados originales: es asistente y es técnica. Siendo asistente, es traumatizante y deja tras de sí un vacío, una “carencia” que deriva de la ausencia de reciprocidad: el beneficiario de una ayuda unilateral nunca está satisfecho, porque una ayuda verdaderamente plena implica una respuesta y se funda sobre el intercambio. Siendo técnica, la asistencia es muchas veces artificial: se inserta mal en la economía global del país y sobre todo, no se integra dentro del conjunto social; esto en los países donde la economía se explica por la hiper-economía, y donde, precisamente, según se admite después de Mauss, ningún hecho puede ser comprendido si no se vuelve a colocar dentro del todo social: lo que quiere decir precisamente, que nada es técnico, o más bien, nada es *solamente* técnico; la religión, la ética, el sistema de valores, sitúan, rebasan y explican a la técnica. Encerrarse en el dominio de la técnica es condenarse a tener solamente una visión parcial de lo real.

Estos hechos explican por qué no obstante su carácter de necesidad imperiosa, la asistencia técnica sea mal comprendida. Aquí se debe señalar que estos malentendidos han revestido, después de algunos años, un carácter inquietante. Efectivamente, se desarrolla una *mitología de la asistencia* que deforma groseramente la realidad, pero que es aceptada como un dogma. Dentro de esta concepción —cuya aspereza y virulencia son aún desconocidas o subestimadas— la asistencia técnica se convierte en el mejor medio para realizar el neocolonialismo. Todas las acciones son desviadas de su objetivo, y se convierten en máquinas de guerra contra el desarrollo del país asistido. En realidad, se comprueba que la fe en las virtudes de la técnica moderna es tal, que los beneficiarios de la asistencia técnica, desconociendo las dificultades a las que ella se enfrenta (frenos socio-culturales, insuficiencia de capitales), no comprenden que el desarrollo eco-

nómico no consiga progresos más decisivos y prefieren acusar a los expertos y consejeros de contrariar deliberadamente el desarrollo del país; éste es un sentimiento compartido casi de manera unánime por los jóvenes. Se puede comprender cuántos problemas pueden crear estas concepciones a las relaciones entre nacionales y europeos.

4) Los rencores y las incomprensiones son avivados aún más por la disparidad de los niveles de vida que separan a los asistentes de los asistidos. La presencia de la "colonia" de asistentes (que pertenecen a las nacionalidades más diversas: franceses, belgas, alemanes, británicos, etcétera) da a los nacionales el espectáculo permanente de una economía de abundancia que, a los ojos de estos nacionales, es además una economía de lo superfluo. Por lo que sabemos, aún no se ha estudiado el "efecto de demostración" que de esta manera se produce al nivel de las diversas capas socio-profesionales. En muchos países las crisis del paroxismo, llámense mesianismos o profetismos, están ligadas a esta frustración fundamental experimentada frente al divorcio radical que existe entre los niveles de vida. Pero hay algo que puede ser más grave: la comprobación de este abismo (que se traduce en la multiplicación de los robos, hecho secundario) produce un descorazonamiento total; en efecto, la gran diferencia de ingresos hace creer en una distancia prácticamente inconmensurable y anula el esfuerzo y la iniciativa. Se buscan entonces los *atajos* —en el robo, en la reivindicación por la restitución de las "riquezas" coloniales, o en la magia—, pero éstos no son sino actitudes de despojo o de transferencia que no resuelven en nada el problema.

La disparidad de los niveles de vida no solamente se comprueba entre los asistentes y los asistidos, sino también entre los nacionales. Volvemos a encontrar ahí una de las cuestiones más inquietantes que deben resolver las naciones jóvenes. Es cierto que las sociedades tradicionales concían también grandes desigualdades, pero éstas se situaban en el nivel de los *status* más que al nivel de los géneros de vida. La formación de un estrato económico de privilegiados que se ha desarrollado durante los últimos quince años, es un fenómeno nuevo. Ha nacido, pues, otro tipo de dualismo que enfrenta, en el interior de la nación, a los *nantis* y a los desheredados. El malentendido que ha surgido y que se ahonda cada día, es por lo menos tan grave como el que enfrenta a asistentes y asistidos. Los nuevos privilegiados, excepción hecha de algunas honorables y muy raras excepciones, manifiestan además una ausencia total de sentimiento de solidaridad en relación a sus conciudadanos; no debe contarse con su contribución voluntaria para encontrar los créditos de inversión, ni para aliviar la miseria; antes al contrario, los capitales sirven para el consumo ostentatorio, para la práctica de la usura, o para la construcción de casas suntuosas; un egoísmo apacible preside a su utilización.

Prácticas de este tipo, han sido aceptadas fácilmente durante los primeros tiempos. Incluso se puede pensar que las masas participaban indirectamente en ello y se satisfacían, por interpósita persona, con estos gastos multiplicados. Pero después de algunos años el estado de espíritu está en vías de un cambio. La toma de conciencia del abismo entre el *nivel de subsistencia*, que es el de la mayoría, y los ingresos de los privilegiados, gana capas de la población que crecen sin cesar; y al mismo tiempo estas disparidades son cada vez menos aceptadas; incluso recientemente se han manifestado violentos ataques en contra de los “aprovechadores”. Semejante movimiento está ligado a la formación, aún muy lenta, de concentraciones de clase; pero no se puede trasplantar la terminología europea; la industrialización, el trabajo asalariado, la proletarización, no afectan más que a una pequeña parte de la nación; y las clases apenas se esbozan; por el momento, estamos en presencia de capas que quisiéramos llamar *socio-culturales* en lugar de socio-profesionales y que se distinguen más por el nivel de educación que por la ocupación.



La coyuntura en que se insertan las naciones duales es tal que incluso refuerza su originalidad. Las situaciones históricas del pasado que han visto formarse un dualismo cultural, eran relativamente estables; este dualismo nacía de los contactos, más o menos violentos, entre dos sociedades diferentes, en los cuales una dominaba a la otra; pero la sociedad dominante, después de haber difundido la renovación, continuaba siendo igual a sí misma, aunque la sociedad dominada disponía de todo el tiempo necesario —décadas e incluso siglos— para “digerir” la innovación. Actualmente, por el contrario, la sociedad que difunde la innovación se transforma continuamente, las innovaciones transmitidas son muchas veces rebasadas poco después de su difusión, y la sociedad receptora es incapaz de seguir el ritmo. En tanto que en las situaciones históricas de contactos culturales la sociedad receptora tenía tiempo para “alcanzar” a la sociedad difusora; en la actualidad, la sociedad difusora se modifica más rápidamente que la sociedad receptora; el alcance se hace más y más difícil. Este fenómeno del desarrollo simultáneo (y desigual) de las dos sociedades en presencia, es sumamente nuevo.

Si bien el ritmo actual de progresión de la tecnología parece ahondar de manera angustiosa la brecha que separa a los dos tipos de sociedad, no queda otra alternativa que esta misma tecnología permita un día a las naciones pobres el acceso a la abundancia. Es la potencia misma de la técnica (el día que las ciencias sociales puedan disciplinarla) lo que resolverá los problemas planteados; pero desgraciadamente no nos encon-

tramos en ese punto todavía, y por lo pronto esta técnica es responsable del *hiatus* que existe.

El dualismo cultural complica todos los problemas y parece a veces hacerlos insolubles. Los rencores, las frustraciones, las alienaciones son tales que plantean cuestiones de prejuicio: son estas cuestiones *previas* las que deben resolverse, son ellas las que desvían y vician los problemas técnicos, mucho más que la politización a la que se incrimina muchas veces y que sólo es una manera (desgraciadamente, una mala manera) de resolver estas cuestiones previas.

Ya hemos visto a propósito de la asistencia técnica, o a propósito de la elaboración de las historias nacionales, hasta qué extremos podía llegar la reacción contra la alienación. Pero eso es lo que cuenta, son estos mitos los que son la verdad, estos errores los que son la realidad. El malentendido —nunca expresado claramente, pero general— ha llegado a ser tal, que se piensa que el éxito mismo de la asistencia técnica, en último análisis, significa su fracaso; es en la medida en que la asistencia habrá mostrado su necesidad, que será mal tolerada; el ingeniero que moderniza un perímetro de desarrollo, si lo consigue, asume la responsabilidad de la desnaturalización de toda una sociedad tradicional, y por otra parte, reactualiza el complejo del obligado; el investigador en ciencias sociales que salva el capital mitológico de una tribu y reúne sus tradiciones y sus expresiones estéticas, hiere profundamente a cierta fracción de la opinión pública porque parece dar una lección que no le es solicitada.

La consecuencia más inquietante del dualismo concierne a la relación de hombre a grupo. Se sabe que el ser no se equilibra plenamente más que por mediación de una relación social; hemos hecho notar la incertidumbre de los *status* y de las funciones, que constituye ya un menoscabo al equilibrio del individuo. El verdadero problema es éste: ¿de qué manera logrará el individuo expresarse por la mediación social, cómo ajustará su relación al grupo *si el grupo es dual*? La relación del hombre al grupo, en lugar de ser normalmente catártica e irénica, se convierte en fuente de traumas y desequilibrios. El individuo se ve amenazado con oscilar sin cesar entre dos sistemas antagónicos de referencia, sin encontrar el polo estable que le permita situarse y definirse.

La situación de las naciones nuevas es pues, muy original. Las naciones son duales, los pueblos apátridas, las sociedades condominiales: es de desearse que una nueva problemática pueda ser elaborada para que los datos de los problemas sean planteados correctamente. Ninguno de estos problemas es insoluble con el tiempo; pero pocos son solubles de inmediato. Se pueden encontrar en estas observaciones, a la vez razones que permitan justificar ciertas declaraciones demagógicas satisfechas demasiado rápida y demasiado fácilmente, y razones que permitan mantener la esperanza. Las

previsiones de las naciones duales podrían ser valderamente pesimistas a corto plazo y optimistas a largo plazo.

¹ Se trata del ritual funerario que se refiere no al retorno de los cuerpos, sino al intercambio de sudarios; ésta es la ceremonia más importante del culto funerario merina.

² En otras palabras, se podría decir que la nacionalidad jurídica ha precedido la nacionalidad sociológica.